

[Discursos contemporáneos

Por una ética inmoral

Pedro Alzuru]

Tanto ética, en su raíz griega, como moral, en su raíz latina, remiten a las costumbres, al conjunto de actitudes que se desprenden de nuestras acciones y nos insertan en un determinado grupo humano con determinadas perspectivas sobre lo que debemos y no debemos sentir, pensar y hacer. Sin embargo, con el paso de los siglos y ya lejos de su origen, estos términos han dejado de ser sinónimos, designan fenómenos distintos.

Una distinción ya clásica se establece entre moral, entendida como conjunto de valores y costumbres en las que se manifiesta la visión que tiene del bien y del mal un determinado grupo social, y ética, entendida como filosofía moral, reflexión filosófica sobre nuestros actos y creencias morales.

Otra es la que establece el sociólogo francés Michel Maffesoli, quien interpreta la moral de forma idéntica a como señalamos anteriormente pero reduce ese “determinado grupo social” a los detentores del poder, el gobierno, el estado, las instituciones que representan el sistema social e interpreta la ética como la moral que se genera “desde abajo”, desde el conjunto de miembros ordinarios de determinado grupo, a partir de sus costumbres de su sentir juntos y compartir las experiencias de todos los días, sin relación con las instancias del poder.

Esta distinción, probablemente no muy ortodoxa filosóficamente hablando, nos parece sin embargo pertinente para entender las relaciones entre ética y estética en la cultura actual, que caracterizaría a Occidente (Europa Occidental, América del Norte y también América del Sur; aunque menos evidentemente) y cada vez más también al resto del mundo.

Estas relaciones estarían caracterizadas por un inmoralismo ético que encuentra sus más antiguas raíces en la religión que se formó en torno al dios griego Dionisio. El mismo nexo ética-estética que impregna nuestra contemporaneidad, es uno de sus rasgos, a imagen de algunos momentos de la antigüedad, salvando las distancias. A diferencia de otros momentos de la cultura occidental, la modernidad por ejemplo, marcada por la paradójica conquista de la independencia de las artes, que las llevó a desvincularse de las técnicas y de los otros ámbitos de lo humano, convirtiéndose en el Arte (el arte tutorado por la filosofía).

Un nuevo nexo social, un nuevo *ethos*, estaría naciendo de las emociones compartidas, de los sentimientos colectivos, del ludismo generalizado, del espíritu festivo que renace en las culturas actuales y se convierte en uno de sus factores esenciales. En tal sentido, sostiene Maffesoli, Dionisio puede ser tenido como figura emblemática, de un espíritu del tiempo que no se limita ya a la seriedad y a la asepsia a las que nos había sometido la modernidad.

Estaríamos asistiendo al cambio de aquel empeño moderno, marxista, de dominar el mundo y de transformarlo a una perspectiva global, holística, que integra lo vivido, la pasión, los sentimientos comunes —factores todos que habían sido reprimidos por el productivismo—, y que hoy nos unen al mundo y nos permiten contemplarlo. La valoración de lo estético, la conciencia ecológica, las diferentes formas del amor propio (el cultivo del cuerpo, de la salud, las dietas, la práctica deportiva) entrarían en este dionisismo posmoderno. Las concentraciones multitudinarias por motivos deportivos, festivos, musicales, religiosos y hasta políticos que ocasionalmente movilizan a las sociedades —independientemente de la instrumentalización que de ellas hacen las instituciones—, estarían también bajo “la sombra de Dionisio”.

El trabajo y el progreso, imperativos categóricos de la modernidad, son valores que se han saturado y empiezan a ser sustituidos por otros, no necesariamente nuevos, muchas veces arcaicos, pero que forman igualmente parte de nuestras estructuras antropológicas, de nuestro inconsciente colectivo o, en cualquier caso, de un nuevo espíritu del tiempo. Algunos de estos valores que reaparecen son el ocio, el juego, el consumo, la errancia, la fiesta, lo erótico, el hedonismo, antes reprimidos y estigmatizados por el productivismo moderno. Este productivismo, cuyas expresiones más representativas fueron el taylorismo y el fordismo, concebía el cuerpo sólo como un instrumento de trabajo, nunca como suje-

to del placer, del juego, del derroche. Todo esto contribuye a conformar una ética del presente, del instante, inmoral, si la vemos como señala Maffesoli, desde la moral oficial y no desde la ética generada por las emociones y sensaciones, afectos y experiencias que nacen del mismo estar juntos.

Considerar estos elementos, antes reducidos al ámbito del arte y de la estética, ya no es un estetismo o un irracionalismo precisamente porque ahora los reconocemos como arquetipos, constantes que fundan y atraviesan toda realidad humana, tanto la vida privada como la vida colectiva.

Esta ética, por supuesto, relativiza y confronta la moral de la producción y del trabajo que heredamos de la modernidad, y no se expande por esto en la cultura contemporánea sin reacciones. No podemos obviar que paralelamente reaparecen numerosos e inquietantes signos de intolerancia y sobre el origen de estos signos debemos interrogarnos. Contra el odio evidente y el resentimiento rampante no son suficientes los llamados abstractos y beatos a la libertad, la igualdad y la fraternidad. Estas reacciones vienen sobre todo de las iglesias y de sus expresiones modernas, los partidos e ideologías políticas que siempre nos quieren vender el paraíso, un paraíso futuro e inaccesible por supuesto, así sea quebrando el presente. De lo humano y de lo social, esencial y afortunadamente plural, multidimensional, las ortodoxias clericales y políticas tienen una concepción dicotómica, ven el mundo en blanco y negro, dividido entre buenos y malos y ellos son, de manera esquizoide, siempre los buenos. Es a partir de estos pares de opuestos, como creen se estructura el mundo, que se generan las inquisiciones, las persecuciones, la exclusión y la eliminación simbólica y física del otro, del diferente, visto como el malo.

Estas visiones maniqueas se generan por un "deber ser", la recuperación de un origen o el alcance de un destino paradisíaco que termina justificando el infierno del presente. En la lógica del deber ser está la raíz del fanatismo, es ese deber ser, ese modelo, el que justifica, desde su punto de vista, las imposiciones, ese fin idealizado justifica cualquier medio.

De la ética inmoral, sobre la cual nos proponemos reflexionar acá, es desde la antigüedad griega figura emblemático Dionisio, uno de los dioses del panteón griego. No casualmente Maffesoli titula uno de sus libros *La sombra de Dionisio* (1984), entendiéndolo como figura arquetipal, constante antropológica, actuante también inevitablemente en el presente, haciéndose uno de sus rasgos definitorios. La ética inmoral, lo dionisia-

co, reaparece en el presente a pesar de y se confronta con la moral oficial, contra los vendedores de ilusiones, sea cual sea su signo. Frente a la imposición de la igualdad, frente a las tentaciones totalitarias, está la aventura dionisiaca, el pluralismo, estos rasgos hedonistas que marcan la relación ética-estética en la cultura contemporánea. Frente a un saber que se pretende absoluto está el relativismo, esta sabiduría dionisiaca, pluralista, polisémica como la dinámica de la vida, que se confronta con los valores modernos (burgueses y revolucionarios), supera las ilusiones y sabe que todo es posible.

El pluralismo, el relativismo son lo que podemos oponer al desprecio y al desconocimiento del otro, a las imposiciones de un 'deber ser', un 'deber pensar', un 'deber hacer' y hasta de un 'deber sentir' que pretenden los fundamentalismos religiosos y políticos desde su arrogancia que no acepta la esencial pluralidad de lo humano y la escamotea con sus arengas e injunciones, con su 'amor por el pueblo'. Es desprecio pensar e imponer desde la abstracción ideológica lo que es 'bueno para los otros', lo que 'pensamos y hacemos por su bien'. Ese desprecio abre una fosa entre el país oficial y el país real, los que pretenden representarlo y dirigirlo y los que simplemente lo viven, esa fosa es causa y efecto de los discursos demagógicos que destilan odio, racismo y xenofobia.

La cultura contemporánea surge del tráfico e influencia de los elementos más diversos, del encuentro entre gente diferente que mantiene sus diferencias sin dejar de formar una entidad superior que las comprende. Nada puede justificar el dejar de relacionarnos con los otros, el ensimismamiento de la cultura es su lento fallecer. La cultura surge de la circulación de bienes, personas, ideas y afectos; del debate posiblemente, jamás de la estigmatización y del desconocimiento del otro, del cierre de puertas y puentes que nos relacionan con el mundo entero. Por olvidar esto la cultura oficial suscita el desinterés y la abstención.

Esto ocurre también cuando el debate de ideas es reemplazado por el discurso del resentimiento y la estigmatización. Y si esto lo encontramos diaria e irresponsablemente escenificado por la dirigencia política y difundido a través de los medios de formación de masas termina siendo una cultura, la cultura de la vulgaridad y del fratricidio. Estas querellas no son sino la expresión de la mezquindad y de la incapacidad de construir y mantener un pacto social en el que se armonicen las diferencias, lejos de buscar eliminarse, son irrisorias frente a los verdaderos objetivos tecnológicos y existenciales que el presente nos exige.

No dedicarnos a las cuestiones de fondo que tienen que ver aquí, como en cualquier otro horizonte, con la creación, la producción, el propósito firme y colectivo de dar lo mejor de nosotros, de cada uno sin excepción, para que todos podamos vivir mejor; es prepararnos para un mañana que no desean ni esos mismos líderes engeguados por sus ideologías decimonónicas. Estas ideologías y la pretensión de su ejecución en fallidos proyectos y procesos políticos implican una negación del presente, en nombre de ese “deber ser” se ejerce la peor de las violencias, la negación de lo que es, ese desprecio más o menos solapado ha recogido sus frutos y seguirá recogiénolos.

Pero el riesgo más grande de esta cultura política basada en el desconocimiento del otro, en el desprecio y el fratricidio, es el fastidio, el rechazo de argumentos preelaborados y monológicos que imposibilitan todo diálogo, de las marramuncias partidistas y de los acuerdos oportunistas, de un sistema prepotente que pretende ‘iluminar’ los espíritus y guiarlos hacia un destino que no les interesa.

La salida ante este *impasse* es el refugio en los nexos locales, regionales, los lazos emocionales, éticos, que se generan en la cotidianidad compartida, la proximidad vivida que se constituye por concatenaciones sucesivas, que nos permite crecer en un terruño cultural constituido por los afectos compartidos. Las respuestas politiqueras no responden jamás a estas necesidades societales hechas de emociones, de imaginarios, de sueños, de juegos colectivos. Y esta constatación marca esta ética inmoral que no encuentra solución colectiva, a lo sumo encuentra soluciones triales que no llegan a cristalizarse en un nuevo pacto social debido al bloqueo politiquero.

Como indicio de esta ética inmoral, de esta sensibilidad distinta que estaría formándose ante nuestros ojos, el sociólogo francés nos plantea un ejemplo inusitado, aunque no por esto desconocido en nuestros predios, sobre todo para los jóvenes, la fiesta *rave*.

Desde la obra fundamental de Michel Foucault se ha venido elaborando en Occidente un amplio y detallado discurso sobre la muerte del sujeto, con tonos más o menos apocalípticos, por ejemplo, el filósofo italiano Gianni Vattimo, prefiere plantear, prudentemente, un debilitamiento del sujeto y no su desaparición. Precisamente Maffesoli es uno de los que más ha reflexionado sobre este asunto.

El individuo racional y amo de sí mismo es tenido como el fundamento de toda la cultura moderna desde las más diversas teorías. Para

el autor de *La sombra de Dionisio*, este sujeto pleno y seguro de sí mismo tiende a detenerse, las agrupaciones multitudinarias, las masas, los eventos políticos, religiosos, deportivos, lúdicos que cada vez más caracterizan la cultura contemporánea serían el más evidente síntoma de este fenómeno. La popularidad de la música *tecno* y de la fiesta *rave* entra en este proceso de desestructuración del ego. En el paroxismo que estas agrupaciones generan prevalece la comunión, la desaparición y la disolución del sujeto, allí sólo existe el deseo de fundirse en el grupo, hacer, pensar y sentir como el otro, lo que hasta hace muy poco se consideraba exclusivo del fenómeno religioso. Crear un vacío en el lugar en el que estaba el sujeto y llegar a través de él, más allá del pequeño yo individual, a una entidad más amplia: la de la comunidad, de la unión cósmica con la naturaleza.

Esta *epohé* de la comunicación verbal y racional, permitiría otra comunicación, más horizontal, en todo caso más global porque en ella intervienen todos los sentidos. Estas acciones colectivas, intervenidas con las más novedosas técnicas musicales, estarían sustituyendo la ritualidad que antes satisfacían las religiones, esta pulsión hacia un ser total, hacia la unión con el todo, en el éxtasis, superando los límites de los cuerpos de cada uno para llegar a la exaltación del cuerpo colectivo.

En esta exaltación aparece una ética inmoral, que no discrimina el bien y el mal, que más precisamente diluye esta discriminación por ser moral. Las instancias ideológicas y clericales –interesadísimas en la separación entre el bien y el mal y, sobre todo, entre los buenos y los malos–, sustentadoras de la moral oficial, siempre han reprimido el éxtasis místico, el transe colectivo, en sus diversas manifestaciones, porque se escapa de su control.

La fiesta *rave* sería un laboratorio, entre otros por supuesto, donde aparecen los valores alternativos a aquellos que habían constituido el ideal moderno del control de sí y del mundo. Los lugares donde estas fiestas se realizan son muy significativos, galpones abandonados, edificaciones inconclusas, lejos de la vida ‘civilizada’, son una reapropiación de espacios concebidos desde la óptica prometéica del trabajo y de la producción. Como los define acertadamente Maffesoli: “Confinos de la vacuidad. Concavidad donde el misterio de la conjunción con el otro puede, de una manera alquímica, operarse. Se trata de una ‘experiencia primordial’, que nos recuerda la importancia del estado salvaje del ser humano. El éxtasis suscitado por la música, el transe de los cuerpos, el uso de ciertos ‘produc-

tos' ilícitos, todo concurre a la constitución de un cuerpo colectivo" (*Raves extatiques*).

Si valoramos estas manifestaciones del éxtasis desde una perspectiva antropológica, podremos entender que la fuerza creativa está allí y que no puede reducirse a la utilidad. Estas manifestaciones de la pérdida de sí implican el mal, entran en los mecanismos del intercambio generalizado con los otros y con la naturaleza, nos recuerdan que las situaciones límite son generadoras de sentido. Como si el proyecto rimbaudiano de la lenta y consciente destrucción de los sentidos hubiese dejado de ser marginal y se hubiera expandido a todo el cuerpo social. Como si la necesidad del riesgo, del goce que genera el derroche de sí, el placer de vibrar juntos, no pudiera ser ahogada de manera permanente.

La música *techo* por su tempo específico genera una sensación de detenimiento del tiempo, de instante eterno o de estabilidad en el movimiento. Nos permite detener el tiempo que pasa con la carga de nuestras angustias. El desbordamiento, el derroche físico de la danza colectiva permite paradójicamente un plus de energía que la monótona vida cotidiana no da, convoca el monstruo, expresa el mal, exalta el exceso, destruye los límites del cuerpo individual haciéndolo parte del cuerpo colectivo y hace de él un espectáculo.

Somos, entre otras cosas, pedazos de la naturaleza y la naturaleza no tiene moral, no podemos exorcizar el mal recurriendo a la razón, a sus conceptos y a su asepsia, es necesario que encontremos un medio para integrar el mal en nuestra cotidianidad, amansarlo de alguna manera. Fue una ilusión típicamente moderna, creer que podíamos permanecer lejos de lo oscuro, que podíamos desembarazarnos del mal sin ninguna consecuencia y la modernidad ha pagado un pesado tributo por esta ilusión: los genocidios, las masacres y las guerras nos lo han mostrado; el saqueo de la naturaleza, la crisis ecológica, también, consecuencia lógica de la razón exacerbada.

Podemos tener una actitud distinta, considerar que esta parte oscura, que esta parte animal, nos es constitutiva y su espectacularización puede ser una manera de vivirla a menor costo, aceptándola en vez de denegarla.

De todas formas lo erótico se ha inscrito siempre sobre un fondo de violencia, aunque lo ritualicemos; ésta seguirá siendo una de sus constantes y es mejor que la consideremos con realismo, que apreciemos su carácter humano. La violencia exteriorizada puede controlarse y cana-

lizarse, puede remitir en fin de cuentas a la armonía societal. El desbordamiento festivo, los excesos en el comer y el beber, el relajamiento de las costumbres, este sentirse parte de un cuerpo colectivo, con todo lo que ello implica, forma parte del *ethos* de la comunidad y tiene su razón de ser; es la otra cara del espíritu iluminado que en su prepotencia olvidó que valores distintos a los impuestos por el racionalismo y el instrumentalismo operan en toda vida social y restauran el equilibrio global.

No se trata sólo de estetizar la violencia, algo muy frecuente en el arte contemporáneo, pero tampoco podemos dejar de reconocerla como un dato social, sobre todo cuando están en juego las pasiones, el amor, el odio, la orgía. Los momentos fundamentales de la vida, marcados en las sociedades tradicionales con los ritos de pasaje y señalados en el catolicismo con los sacramentos, el nacimiento, el matrimonio, la mayoría de edad, la muerte tienen de alguna forma una carga de violencia, el desbordamiento festivo y orgiástico reestablece el equilibrio. De la misma forma, la fiesta *rave* ocupa el vacío dejado por una sociedad que ha perdido la vida en común, que ha perdido sus ritos, es una de las formas actuales de la búsqueda de un equilibrio global, cósmico si se quiere.

Tanto la vida individual como la vida colectiva parecen estar marcadas en su estructuración, este es uno de los objetos de la literatura universal, por los polos opuestos de la perfección y el caos, polos ideales que no encontramos en la realidad, por más que la moral oficial sostenida por las ideologías políticas y religiosas se empeñe en convertir la perfección —generalmente desde una doble moral, por supuesto—, en proyecto. Frente a estas imposiciones, el cuerpo social siempre construye sus márgenes de resistencia y de libertad, sin necesidad de ninguna ideología de la liberación.

El intercambio afectivo, la vida societal, no regida por las limitaciones institucionales, implica una sombra, una parte oscura, si la iluminamos toda, si la hacemos transparente, la destruimos. La dinámica de la sombra y la luz se yuxtapone a la del orden y el caos, después de siglos de luz, la sombra ha vuelto a reclamar su espacio, su función en un nuevo equilibrio, siempre precario.

Pedro Alzuru

Centro de Investigaciones Estéticas. Facultad de Humanidades y Educación.
Universidad de Los Andes. Mérida, Venezuela

- **Lecturas**

http://www.ceaq-sorbonne.org/maffesoli/ar_diony.htm

http://www.ceaq-sorbonne.org/maffesoli/ar_inmor.htm

http://www.ceaq-sorbonne.org/maffesoli/ar_mepris.htm

http://www.ceaq-sorbonne.org/maffesoli/ar_techno.htm

http://www.ceaq-sorbonne.org/maffesoli/ar_eros.htm